1833

ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

LOS CARVAJALES

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE

D. M. Martínez Barrionuevo

SEGUNDA EDICION

MADRID
Sevilla, 14, principal.
1885.

LOS CARVAJALES.

LOS CARVAJALES

DRAMA

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. M. MARTINEZ BARRIONUEVO,

REPRESENTADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO EN EL TEATRO PRINCIPAL DE MÁLAGA, EN LA NOCHE DEL 12 DE OCTUBRE DE 1884.

Segunda edicion.

MÁLAGA
TIP. DE LOS HIJOS DE GIL DE MONTES.
Cinteria, núm. 3.
1885.

PERSONAGES.	ACTORES.
Doña Leonor de Carvajal.	Srta. Pino.
D. Fernando IV de Castilla.	Sr. Ruiz-Borrego
Alvaro.	» Dominguez.
Sancho	» Andrey.
Un Escudero	» Heredia.
El Infante D. Pedro. . .	» Luque.

La accion pasa en Jaen.

Esta obra es propiedad de D. José Duarte y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administracion *Lírico-Dramática* de D. EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL EXCMO.

SR. D. CÁRLOS LARIOS MARTINEZ,

MARQUÈS DE GUADIARO.

No soy partidario de las dedicatorias, pero hay momentos en que se deben echar abajo principios y creencias para pagar una deuda que se contrae.

La deuda que con V. E. tengo contraida, es como la que tienen muchos: de gratitud; pago como á V. E. se le puede pagar: suplicándole acepte la dedicatoria de este modesto libro.

EL AUTOR.

671071

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/loscarvajalesdra3461mart

SR. D. JOSÉ RUIZ-BORREGO.

Mi querido amigo: Al dar á V. LOS CARVAJALES *figurábaseme que saldría V. airoso en su desempeño, pero nunca llegué á pensar que rebasaria el límite del cuadro que yo imaginé. Gracias. A V. debo la brillante ovacion de la noche del 12 de Octubre.*

Al escribir esta carta, espontáneo y único aplauso que me es dado dirigirle, ofrezco ocupar con ella una de las primeras páginas de LOS CARVAJALES, *al imprimir la obra, dando así testimonio público del agradecimiento que le debe su afectísimo amigo y S. S.*

Q. S. M. B.,

M. Martinez Barrionuevo.

Málaga y Octubre 13 de 1884.

ACTO ÚNICO.

Salon ante-cámara, puerta, primer término izquierda y otra á la derecha: ventana, segundo término, izquierda; puerta al foro, muebles de la época, mesa con lámpara encendida; otra pendiente del techo, reclinatorio con un crucifijo: entiéndase derecha é izquierda, por la del actor.

ESCENA PRIMERA

El Infante D. PEDRO, SANCHO, Escudero.

El infante sentado en el sillon de la derecha: Sancho y el Escudero, formando grupo á la izquierda.

SANCHO. Señor, lo he dicho; me tiene
cuidadoso la enlutada
y estoy alerta y no duermo
y no ceso de espiarla
D. PEDRO. ¿Y porqué recelo tanto?
SANCHO. Porque conozco à la dama.
D. PEDRO. Quién es su padre?
SANCHO. Ya ha muerto...
no hace mucho.
D. PEDRO. ¿Y es casada?
SANCHO. Soltera.
D. PEDRO. Pero su nombre?

SANCHO. Doña Leonor.
D. PEDRO. ¿Y su rama...
SANCHO. Directa en los Carvajales.
D. PEDRO. Sancho ¿que dices?
SANCHO. Que el alma
tengo inquieta, desde el punto
en que contemplé las galas
negras, del serio brial
de Doña Leonor.
D. PEDRO. (Es rara
casualidad.) Pero, el Rey
nada sabe, Sancho?
SANCHO. Nada.
Y en cambio todo el Ejército
sabe ya, que es esa dama
la hija de D. Juan, de aquel,
que entre las peñas quebradas
de Martos, murió há treinta dias.
D. PEDRO. Está bien; vigila y calla. (*Sale por el foro.*)

ESCENA II.

ALVARO, SANCHO, Escudero.

ALVARO. (*Sale por el foro.*) Ya aprestan sus [armaduras
los valientes castellanos;
blanden la lanza, aguerridos,
y el fuerte escudo embrazando
la crin rizada acarician
del noble bridon; pues cuando
aparezca por Oriente
el monarca de los astros,
con sus aprestos de guerra;
con sus homes esforzados;
con sus ricos estandartes;
con sus clarines dorados,

y sus atabales roncos,
y sus relucientes cascos,
desde Jaen, à la Frontera
de Málaga vá Fernando:
el nieto del *sábio* Alonso;
el hijo de Sancho el *bravo*.

SANCHO. Trovador, cantas?

ALVARO. Las glorias
de mi noble pátria canto;
que es cada hijo de Castilla,
por su pundonor, un láuro
de la espléndida corona
de su monarca magnánimo.

ESCUDERO. Gran figura y gran aliento.

SANCHO. ¡Bien, Trovador: bravo!

ESCUDERO. ¡Bravo!

SANCHO. ¿Que opinas de estas revueltas?

ALVARO. Que espero ver destrozados
con nuestras lanzas, los brios
del Walí malacitano.
¿Y por aquestos lugares
qué noticias encontramos?

SANCHO. Una, que con las consejas
dará al traste, seor bardo,
porque es conseja y no és.
En Palencia nos hallábamos
cuando murió el favorito
de nuestro rey D. Fernando;
un D. Juan de Benavides,
cuya muerte la achacaron
á dos nobles caballeros.

ALVARO. Es cierto, seguid.

ESCUDERO. Andando
el tiempo, despues se supo,
ó al menos, se ha sospechado,
que aquellos dos asesinos
tan traidores como bárbaros,

fuesen, D. Juan Carvajal.
y el buen D. Pedro su hermano.

SANCHO. Tenebrosa aquí se vuelve
la crónica.

ALVARO. ¿Qué ha pasado?

SANCHO. Que desde la altiva cumbre
de un monte, donde un peñasco
se encuentra, de luengos siglos,
á los dos los arrojaron,
quedando contra las piedras
sus cuerpos, hechos pedazos.

ALVARO. ¡Horror! ¿Y de órden de quién?

ESCUDERO. Del Rey.

ALVARO. ¿Los procesaron?

SANCHO. ¡Para qué!!!

ALVARO. ¿Qué tiempo hace
de la catástrofe?

ESCUDERO. Acaso
esta misma noche, un mes
se cumpla.

ALVARO. ¡Ah, buen soldado,
¿y como á la peña llaman?
decid.

ESCUDERO. La peña de Martos:
más no acaba aquí la historia:
el mayor de los hermanos
que se mostraba animoso,
antes de ser arrojados
dijo así, con voz tan lúgubre,
que hizo estremecer de espanto:
Ante el tribunal de Dios
Rey Fernando, yo te emplazo
dentro de los treinta dias...!

ALVARO. ¿Es posible?

SANCHO. ¡Bah! contando
desde aquel instante, en horas
el plazo ya ha terminado,

y el monarca goza y vive,
y ellos están con el diablo.

ALVARO. Mucha cuenta, que accion mala
tarde ó pronto tiene el pago.

SANCHO. Lo que hace el Rey hecho queda.

ALVARO. Si lo mismo que el vasallo
el Rey es hombre, lo mismo
será bueno y será malo.

SANCHO. ¿Què sabes tú de estas pláticas?

ALVARO. ¿Qué sabeis vos, viejo rancio,
cuando hablais asi, de leyes
de dignidad?

SANCHO. ¡Deslenguado...
¿Qué dices?

ALVARO. Que á nadie temo,
ni á vos tampoco.

SANCHO. ¡Insensato!

ALVARO. Venid y os lo probaré.

SANCHO. Voto al demonio!

ESCENA III.

Dichos, D. FERNANDO.

D. FERN. *(Entra 1.ª izquierda.)* ¿De cuándo,
la misma estancia del Rey,
sirvió de campo al villano?

SANCHO. Señor...

D FERN. Basta, ni una réplica;
alejáos ya; tú, Sancho,
vé á la tienda del Infante
D. Pedro, mi buen hermano,
y dile que el Rey desea
hablarle; que preparado
venga, pues pienso que juntos
al campamento vayamos,
antes del alba.

ESCENA IV.

D. FERNANDO, ALVARO.

D. FERN. (Soberbio
mozo: veamos si responde
á su figura su aliento.)
¿Quién sois y á quien buscábais?
decid.

ALVARO ¿Quién soy? si debo
contestar únicamente
á algun curioso indiscreto,
le diré que por mi porte
lo que he de ser está viendo:
y si no le satisface,
juro à Dios, que placentero,
con la punta de una espada
cumpliré vuestro deseo.

D. FERN. ¿Y si cortés os pregunta
el hidalgo caballero,
que tiende la mano amiga
y abre generoso el pecho?

ALVARO. A ese diré que á la casa
de Sanabria pertenezco;
que D. Alvaro es mi nombre;
que es el honor mi trofeo,
y aunque es hidalga mi cuna,
vida errante estoy haciendo:
la Galla ciencia, á mi alma
dá el perfume de su incienso,
y á cambio de algunas trovas,
dulces baladas y cuentos,
tengo albergue, rico ó pobre;
blando ó duro, tengo lecho,
que á mi voz, abre lo mismo
su triste choza el plebeyo,
que fembras y ricos-homes

sus castillos altaneros.
Esto hago y esto soy;
así vivo y así muero,
mi único amigo, el laud;
mi único testigo, el cielo;
mi único Dios, la conciencia;
mi único rey, el deseo.

D. FERN. ¡Bien trovador!

ALVARO. ¿Que á quien busco
preguntábais? pues sabedlo:
busco ansioso, la mirada
de ciertos ojos, que ardiendo
en luz de gloria divina...
me tienen en el infierno.

D. FERN. Galante está el trovador.

ALVARO. De amor en las redes preso,
si el alma tiene sus flores,
tiene su agonía el pecho.

D. FERN. ¿Conoceis al Rey?

ALVARO. No:
aunque admiraba sus hechos
y hoy conocerle esperaba:
sé, que es noble; sé que es bueno...
por eso estoy asombrado.

D. FERN. ¿Asombrado?

ALVARO. Há poco tiempo,
—segun á su misma tropa
le oí contar—que un entuerto
cometió de mala ley,
con dos nobles caballeros.

D. FERN. (Los Carvajales!) ¿Y vos
que opinais?

ALVARO. Que si es cierto...
malhaya el Rey asesino (*Con mucha energía.*)
que de baldon cubre á un pueblo.

D. FERN. ¿Conoceis á quien hablais?

ALVARO. Al hidalgo caballero
que tiende la mano amiga,
y abre generoso el pecho...
¡Leonor! (*Aparece ésta por el foro.*)

ESCENA V.

Dichos, D.ª LEONOR.

D. FERN. Por tales sonrojos,
vi que el noble trovador
buscaba en Doña Leonor
aquellos traidores ojos.
¿Porqué la mirada humilla
la castellana hechicera,
que es en ley, la primera
hermosura de Castilla?
Si sois la flor que atesora
el perfume más fragante.
(no digáis á vuestro amante
que yo soy el Rey, señora.)
¿Qué importa, señora mia,
que amante fiel y sincero,
el trovador caballero
aspire vuestra ambrosia,
ni que, tampoco, que ufana,
para escuchar su cancion,
asoméis del torreon
por la negra barbacana?
Mozo y galan, dama y bella,
no es estraño, por mi vida,
que en un punto confundida
vaya la luz con la estrella.
LEONOR. No en balde señor, la fama
por todas partes pregona,
que el castellano blasona
de hidalga fé con la dama;

y si ya de nuestro amor
conocisteis el secreto,
respetadle cual respeto
vuestro incógnito, señor.
Esto espero ver cumplir
y de vos, no en vano espero.

D. FERN. Bien está; y el caballero
nada tiene que añadir?

ALVARO. Leonor, os habló leal;
nada que añadiros tengo;
con lo que dijo me avengo,
piense bien, ó piense mal,
aunque mal, lo dudaría;
que es grande mi confianza,
y es amor, cual la esperanza;
mayor, si mas se confía.

D. FERN. ¿Sois aficionado al medro?

ALVARO. No, señor, que el medro ciega.

D. FERN. Decis bien, pero alguien llega
aquí.

ESCUDERO. *(Se asoma al foro.)* El infante Don
[Pedro.

D FERN. Voy allá; cortesanía
no fuera hacer que esperara
caballero de tan rara
y arrogante bizarría.
Adios quedad, trovador:
suenen aquí misteriosas
baladas de amor hermosas,
que si por ley superior
soy viejo, en mi juventud,
iré, siguiendo mis huellas,
pensando en vuestras querellas
y en las notas del laud. *(Vase foro)*

ESCENA VI.

D.ª LEONOR, D. ALVARO.

ALVARO. Su nombre, Leonor. ¿Quién es?
LEONOR. Me dijo que respetara
su incógnito, y la promesa
he de cumplir.
ALVARO. ¡Tú no me amas,
Leonor!
LEONOR. Nunca digas eso,
¡Que no te amo yo!!
ALVARO. Tu faltas
á la fé que me has jurado:
hay en tí la mezcla estraña
de sensaciones opuestas:
de ódio y cariño; de franca
solicitud y de duda,
que me aterra y que me espanta.
Si eres ángel ¿porqué sufres?
Si me quieres ¿porqué callas?
¿Porqué dudas, si eres buena?
¿Porqué sientes, si eres mala?
LEONOR. Una historia he de contar
tan terrible como breve,
á ver si entónces, se atreve
el trovador á dudar.
Mi padre fué caballero
de ardiente sangre en las venas;
nacido para las penas;
desgraciado y altanero.
Enviudó; sola quedé
con el padre que adoraba,
y mas sola y mas lloraba,
cuando en pos de noble fé
que mi alma conmovia

secando mis tristes lloros,
á guerrear con los moros
del señorío partía.
Un dia... en vano esperé;
al otro dia pasado,
que sucumbió asesinado
supe, y vengarle juré... *(Con gran energía que crecerá en lo posible á la terminacion de los cuatro versos que siguen.)*
antes que dar á las penas
con triste llanto sosiego;
que no en vano, corre fuego
de un Carvajal por mis venas.

ALVARO. ¡Dios santo, de un Carvajal!

LEONOR. Mi padre es D. Juan.

ALVARO. ¡Leonor!

LEONOR. Por eso ves mi dolor,
y ves luto en mi brial!
Desde entónces ¡ay! sin tino,
desolada en ira ardiendo,
vengar ansiosa pretendo
al muerto en el asesino.
Busqué; procuré indagar,
pero al saber mi apellido,
pareció que confundido
quedaba quien iba á hablar.
Por eso, incógnito usé
y á otras regiones partí;
por eso, al llegar aquí,
la cabalgata encontré
de ese noble caballero
que me dió cortés asilo...
pero pienso con sigilo,
—aunque pensarlo no quiero,—
que hablan bajo, llego y cesan
el diálogo misterioso;

que sin calma y sin reposo
me miran; que me profesan
amor que en lástima dá
y aun acatamiento estraño...
Alvaro; ó mucho me engaño,
ó el matador aquí está.

ALVARO. No sigas, mi bien; desecha
pensamientos de terror.

LEONOR. Si es que al pecho un torcedor
agita y rompe y estrecha:
si es que yo de mí reniego,
pensando, sin esperanza,
que en vez de tomar venganza
al amor tuyo me entrego:
si es que yo misma me espanto:
si es que queriendo verter
su sangre, ¡infeliz mujer!
no vierto sangre y sí llanto
¡Que no te amo! Sin sonrojo
y olvidando ley y nombre,
aunque yo misma me asombre
entre tus brazos me arrojo:
y ahora, sí en la fé te escudas,
mi pecho á tu pecho junto,
cual preguntabas, pregunto:
¿Si eres bueno, porqué dudas!!!

ALVARO. No, Leonor, dudar de tí,
es dudar del mismo cielo:
tu hallarás, para consuelo,
tu esposo y tu padre en mí.

LEONOR. ¡Mi padre! Por ley fatal,
allí está, do flores crecen
que guardadoras parecen
del largo sueño eternal.
Hay una cruz en su fosa,
en donde asientan su nido
algunas aves, querido

emblema de paz hermosa
Cuando se pierde la luz
del sol en reflejos suaves,
algunas veces, las aves
que en los brazos de la cruz
tienen su nido de amores,
abren las vistosas alas,
y ván, luciendo sus galas,
á reunirse con las flores
que al pié de la sepultura
son emblemas del dolor:
despues, el dulce rumor
siéntese del aura pura;
entonan allí un extraño
y misterioso concierto,
cual si lloraran del muerto
el último desengaño,
y cuando se pierde el sol
del todo, tras de los montes,
y ocultan los horizontes
sus matices de arrebol,
melancólicas sonrisas
tribútanse suspirando,
y se despiden llorando,
flores, pájaros y brisas!

ALVARO. Angel de belleza; en mi
confía y pon tu esperanza.

LEONOR. ¿Y qué me darás.. ?

ALVARO. Venganza.

LEONOR. No, me aterras.

ALVARO. ¿Y amor?

LEONOR. Si,
tu amor y en feliz contento
la vida trascurra en calma,
sin que jamás turbe el alma
la voz del remordimiento.

ALVARO. Lo querias...

LEONOR. ¡Es verdad!
ALVARO. Y ahora...
LEONOR Sali triunfante;
que el pecado de un instante
se llora una eternidad!
ALVARO. Leonor, y yo...
LEONOR. Tú tambien
serás bueno!
ALVARO. Leonor mia.
LEONOR. Parece que nos espia
alguno
ALVARO. Espera.
LEONOR. No, ven. (*Salen por la izquierda.*

ESCENA VII.

SANCHO, que aparece por el foro.

Se marcharon ya; los pájaros
huyen del milano; bueno;
que alcen mucho el ala, y pronto
yo les destendré en su vuelo.
Yo no sé porqué demonios
ganas á ese mozo tengo,
desde que con tantos brios
faltóle al rey al respeto,
amenazándome al par
con su daga: que el infierno
con sus llamas y sus diablos
me trague, si lo que pienso
no es verdad.—Vigila y calla—
me dijo; cuidado tengo
y tuve y lo he de tener,
en bien de todos, de hacerlo:
ando en sospechas ¡que diantre!
y no hago mal si sospecho;

que al fin esa dama es hija
de un Carvajal, y tal siendo,
locura enorme seria
no pensar que nada bueno
intenta al lado del rey;
lo digo; que anden con tiento
los mozos: alerta, Sancho,
que algo se trama *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA VIII.

D. FERNANDO y D. PEDRO.

D. FERN. *(Entra por el foro seguido de Don Pedro.)* Lo quiso
ese moro, y habrá guerra;
en vos D. Pedro confio.
y en vuestro tacto y prudencia:
no en vano sois el segundo
sostén de mi reino.

D. PEDRO. Pueda
yo contar con el afecto
de mi rey y señor, que necias
serán entónces las fúrias
de ese morisma soberbia
para vencer nuestro brio.

D. FERN. Id, pues, D. Pedro, mas sepa
mi buen hermano, que el rey
su mérito considera
y le ama.

D. PEDRO. Señor, gracias.

D. FERN. Que manden alzar las tiendas;
que se doblen los vigias,
y las mesnadas, dispuestas
estén, para cuando el alba
llegue, que hácia la frontera

de Málaga caminamos:
quiero hacer al moro presa
grande, y que los bravos hijos
de Castilla, otra vez tengan
ocasion de dar lanzadas...
á ver si aquietan las lenguas.

D. PEDRO. Señor, ¿es eso un reproche
á los castellanos?

D. FERN. Séa
lo que vos á bien tengais:
yo tengo tambien en cuenta
que existen en el ejèrcito
quienes mis actos comentan,
y al monarca, ni se tacha
ni critica: se respeta.

D. PEDRO. Señor. ¿Y quién tal os dijo?

D. FERN. Quien no me engaña, ni piensa
engañarme nunca: el Rey.

D. PEDRO. ?Y pensais ..

D FERN. Que mal sugeta
creo que entre mis soldados
tiene alguno la cabeza,
si á hablar de los Carvajales
siquier otro instante llega.
Id, y que nadie lo olvide.

D. PEDRO. Adios, señor. *(Sale por el fóro.)*

D. FERN. Con vos sea.

ESCENA IX.

D. FERNANDO.

Yo no sé; mas parece
todo esta noche lúgubre:
que la luz se oscurece:
que el corazon agitase
con estraño latir;

que el alma se revela
vertiendo ardientes lágrimas;
que el pensamiento vuela
de otros mundos fantásticos
al lejano confin;
todos que se querellan
contra mí levantándose,
y todos que me sellan
la frente, con el hórrido
grito de maldiciòn...
Si nó fuí caballero
Dios eterno, castígame...
porque morir prefiero!
¡Si culpa tuve, apiádate!
que solo tú eres Dios!

ESCENA X.

LEONOR, D. FERNANDO.

LEONOR. ¿Estais enfermo, señor, (*Sale por la izquierda.*)
ó cansado?

D. FERN. Por la cuenta
que llevo, hermosa Leonor,
el cuerpo no está peor,
pero el alma desalienta,
y así vamos.

LEONOR. Vuestro mal
mi pensamiento comprende...

D. FERN. ¿No seguis? ¡Suerte fatal!
¿Y ese rostro angelical
porque la púrpura enciende?
¿Porque inclináis la cabeza
y os sonrojais así?
Yo ¿qué padezco?

LEONOR. Tristeza.

D. Fern. ¡Tal és, que vuestra belleza
no puede curarla! Di,
maga hermosisima mia,
—pues mi médico estais siendo—
¿con qué filtro curaria?

Leonor. Contra tristeza, alegria.

D. Fern. Bien está.

Leonor. Con el estruendo
que entusiasma de la guerra,
señor; más que bebedizos,
os cura, y mi afan no yerra,
el que recorrais la tierra
de los moros fronterizos.
Vereis como la balanza
pronto en mi favor se inclina
sin que estrañe la mudanza,
por cada golpe de lanza
sobre la hueste muslina.

D. Fern. Aunque tenás se reviste
á creerlo el pecho mio,
por la forma que resiste,
pienso que mi mal consiste
en un recuerdo sombrío.
Tuve yo un hombre á mi lado
de acrisolada hidalguia,
noble, sagàz y arrojado,
que la carga del Estado
con su monarca partia.
Cuando tal joya aprecié,
siéndole infausta la suerte,
como un hermano le amé;
que para el hidalgo, fué
mi amor su puñal de muerte.
Benavides se llamó:
y una noche, el mal, en lides,
vencido al honor dejó,
y en el misterio murió

con violencia Benavides.
Vino la noticia á mí;
de loca furia cegué;
llegué al cadáver, le ví,
y juré vengarle allí...

LEONOR. ¡Oh señor...

D. FERN. Y le vengué,
Tarde triste en verdad era:
muy nebulosa avanzó;
tormenta recia estalló,
y cual si Luzbel abriera
de corage y rabia ciego
las puertas de sus palacios,
llenáronse los espacios
de exhalaciones de fuego.
Agua á torrentes caia;
el rio se desbordaba;
el álamo se tronchaba;
la nube, se deshacia
en tan cárdenos girones,
que horror daba y daba espanto:
lanzaba el trueno entre tanto,
sus poderosas canciones,
tomando la tempestad,
tan grandiosa omnipotencia
y altiva magnificencia
y terrible magestad,
que al corazon más sereno
y valiente, conmovia
la salvaje sinfonia
de aire, lluvia, rayo y trueno.

Sobre elevada colina,
escueta y altiva roca,
que impone y temor provoca,
un negro abismo domina,
como grandioso trofeo

en las garras de un gigante;
como amenaza constante
de un titan, sobre un pigmeo;
y en su fondo, las miradas
con estraños desvarios,
ven los picachos sombrios
de otras rocas mal formadas.
Allí, sobre la primera,
la escueta, la que domina
el abismo y la colina
como amenaza altanera,
los del crimen, maniatados
hallé puestos; los miré;
me ahogó la furia, cegué,
dí una órden, arrojados
fueron por mano segura,
y mientras todos rezaban,
sintiendo á los que rodaban
desde el peñon de la altura,
yó, con el pecho sereno
que á piedad no se movía,
y á la fiera sinfonía
de aire, lluvia, rayo y trueno,
calmé ya las ánsias locas
viendo en mi alegría insana,
girones de carne humana
en las puntas de las rocas.

LEONOR. ¡Fué venganza...

D. FERN. Pero en ley .
Fué la venganza del hombre
y la justicia del rey. (*Leonor, cae de rodillas.*)
Ni te espante ni te asombre.
Levanta, y alza esos ojos
que dan al alma embeleso:
el sol es rey, y por eso
nunca se arrastra de hinojos.

LEONOR ¿Y eran dos los criminales...?
D. FERN. Dos, sí.
LEONOR. ¡Sus nombres!!!
D. FERN. (Es raro)
LEONOR. Decidlos, señor.
D. FERN. Reparo
no encuentro, los Carvajales.
No me culpen los destinos
que en su desgracia influyeron;
los Carvajales, murieron
por traidores y asesinos.
LEONOR. Miente rey que dijo tal;
y miente con torpe lengua,
quien quiere cubrir de mengua
el nombre de un Carvajal:
que contra rey que en liviana
furia, asesina cruel,
habrá quien sostenga fiel
á una dama castellana.
D. FERN. ¡La hija de D. Juan!
LEONOR. Que enfrente
de vos á ponerse vino;
la que pensó, al asesino
pedir por el inocente!
D. FERN. ¡Callaos!
LEONOR. Baldon eterno
para el que á mi padre injuria;
mas no lo hará, ni la furia
desbordada del infierno,
ni otros génios superiores;
aquí está mi pecho, herid;
atreveos, y decid
si esta es sangre de traidores.
D. FERN. Buena ó mala, ante mi ley
inclinarás la rodilla. *(Intenta arrodillarla á viva fuerza.)*
LEONOR. Por la fuerza, que es mancilla.

ALVARO. ¡Miserable! *(Entrando por la izquierda.)*

D. FERN. Paso al rey.
(Pausa.) Vuestra insensata locura
á la compasion se presta,
pues que tan poco me cuesta
daros horrible tortura.
La una, que me desacata;
y otro que ultrajarme quiere;
de tales actos, se infiere
—y vuestro afan lo delata—
que fuisteis tal para cual:
un bandido y un traidor:
se vé en uno al *Travador*,
y en la otra... al *Carvajal.*

ALVARO. ¡Infame!

D. FERN. Salid de aquí
y aún os habla acento amigo:
si mato, juzgo, ó castigo,
ya habrá quien me juzgue á mí. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA XI.

LEONOR, ALVARO.

LEONOR. ¡Alvaro! *(Deteniendo á Alvaro que habia querido seguir al Rey.)*

ALVARO. Calla; no seques
esas lágrimas que asoman
á tus ojos, porque son
su sentencia: cada gota
de ese llanto de tu alma,
será en él una congoja:
cada suspiro que exhales,
una sierpe venenosa
que al corazon se le enrosque

y tiña su cuerpo en roja
sangre hirviente; ya tú vés
lo que consigues si lloras.

LEONOR. Esa es la venganza.

ALVARO. No:
la venganza, no; la cólera
del leon fiero, que irritan
sin temer sus garras.

LEONOR. ¡Otras
luchas, Alvaro! ¡más penas!
Si tú mueres, quedo sola;
sin amparo; sin cariño...

ALVARO. ¿Y el cariño qué me importa,
ni la gloria, ni el infierno?
Podré amarte sin la loca
irritacion en mi sangre
de verter la suya toda
y salpicarme con ella,
y huzmearla con rabiosa
locura, y hasta morder
la herida por donde brota?

LEONOR. ¡Me espantas!

ALVARO. Si, de cariño:
y tú me espantas si lloras:
y hasta yo mismo me extraño
de no haber tomado pronta
venganza sobre el culpable;
de haber dudado una sola
vez, un solo minuto.

LEONOR. ¡Alvaro, espera!

ALVARO. Señora;
pensad en lo que decís:
¿y la sangre generosa
que en vuestras venas corria?

LEONOR. ¡Alvaro, ven. Si te enojas
conmigo, ¿cómo podràs
decir luego que me adoras?

No te irrites por mi llanto!
Alvaro, espera, ¿Qué pompas,
hay para mí, sinò escucho
al hombre que me enamora?
Lo matarás; pero luego,
¿qué hago yo de afanes loca;
de ansiedades y de cariño?...

ALVARO. Hubo una mano traidora
que asesinó á vuestro padre.

LEONOR. ¡Alvaro!.....

ALVARO. Y luego, afrentosa,
nos infamó cón la injuria.....

LEONOR. ¡Espera!...

ALVARO Sin que la cólera
de mi corazon apague,
jamás; porque me sonroja:
¡á la venganza primero!

LEONOR. *(Hace que vacila un momento y exclama con arrebato)*
Y yo contigo; que ansiosa
de amores, quiero, abrazándote,
pagar del tuyo la gloria. *(Van á salir por la derecha, pero viendo al rey, detiénense de pronto y lo hace por el foro.)*

ESCENA XIII.

D. FERNANDO.

No sé porqué; más presiento
en mi ser, algo terrible;
como un fantasma invisible
que engendra mi pensamiento.
Nube que encierra sombría
el rayo de la venganza;

y allá, léjos, la esperanza:
y aquí, cerca, la agonía.
Girones de luz inciertos,
de un mar de sombras brotados,
como anatemas lanzados
de las tumbas de los muertos.
Todo girando en sangrienta
ráfaga roja teñido;
todo en niebla confundido:
todo en confusion violenta,
y en estas furiosas lides
que son á el alma fatales,
contemplo á los Carvajales
y contemplo á Benavides.
¡Carvajales! si murieron
de igual modo que mataron;
si con su muerte pagaron
la culpa que cometieron,
en sangre al quedar lavada
por las manos del verdugo,
¿porqué me doblega el yugo
de esta idea despiadada?
¿Porqué sus nombres me enojan?
¿porqué de uno ú otros modos,
sin piedad ni afecto, todos
la accion á mi frente arrojan?
¿Porqué rompe ya su valla
el corazon que palpita?
¿Es la conciencia que grita,
ó el sentimiento que estalla?
¿Fué en mi, la muerte azarosa
de aquellos hombres un crímen?
¿Porqué retorcidos gimen,
y en batalla borrascosa,
por contrastes diferentes,
navegan ya sin ayuda
por los mares de la duda

mis pensamientos ardientes?
¿Este azar en mi existencia,
es serpiente del pecado
que rastrera ha profanado
el templo de la conciencia,
y con su asqueroso aliento
y á su impúdico silbido,
arrastrándose, ha subido
á el altar del sentimiento?
¿Es que quiere ahogar la fé,
y con sus tremendos lazos
hacer el altar pedazos
y arrojarlo? Yo no sè:
mas si por hados fatales...
porque lo quiera el destino;
otra vez en mi camino
hallara á los Carvajales,
por Dios poderoso juro,
por mis afanes prolijos;
por mi esposa, por mis hijos,
que firme, altivo, seguro,
sin pesar, y sin pavura,
yo mismo; verdugo y juez,
los arrojaba otra vez
desde el peñon de la altura!
¿Mas porqué la eterna queja
del pensamiento azoroso?
al cuerpo demos reposo
si el alma posar le deja. *(Aparece Sancho por la izquierda y despues de oir á D. Fernando coje la lámpara y sale por la derecha.)*
Sancho: cuando apunte el dia
llámame. ¡Noche de duelo!
la negrura de ese cielo
trae á la memoria mia
imágenes que olvidar

pretendo en mis aflicciones:
las roncas trepidaciones
del trueno y triste silbar
del aire, en violentos giros,
resuenan en mi redor
como quejas de dolor,
maldiciones y suspiros.
Tambien en los matacanes
el viento se retorcia,
cuando por mi zaña impía
la muerte... ¿pero qué afanes
ya de nuevo me asaltaron?
¡zaña yo..! Me juzgo mal;
lo quiso una ley fatal:
murieron... por que mataron. *(Sale por la derecha.)*

ESCENA XIV.

ALVARO, despues D. FERNANDO, SANCHO Y ESCUDERO.

Entrando por la izquierda, mira receloso y habla reconcentradamente.

ALVARO. ¡Duerme! !Que hermosa á los ojos
la venganza se presenta,
cuando el corazon que alienta
salta en el pecho de enojos!
Noche: tus rayos sombrios
dan á mi venganza ayuda,
y tú tiniebla me escuda,
y presta á mi brazo brios.
Mas siempre hidalgo yo fuí,
no asesino; que despierte
y que muera el que la suerte
designe... *(Avanza con decision hacia la derecha, con el puñal desen-*

vainado: al tiempo de entrar sale Sancho que le sugeta y en los esfuerzos que hacen llegan al centro del escenario; a la voz de Sancho entra el Escudero que sugeta á Alvaro.)

ALVARO. ¡Suéltame!
SANCHO. ¡A mí!
ALVARO. Bandido! ciervo de tal
rey, suéltame, que me infamas!
SANCHO. Ah, racimo de horca! ¿llamas
bandido á un soldado leal?
Sugeta fuerte y con tino. *(Al Escudero.)*
D. FERN. ¿Qué es eso? *(Saliendo.)*
SANCHO. ¡Vedlo, señor!
el valiente trovador
convertido en asesino.
D. FERN. Y á traicion lo has intentado?
ALVARO. Eso nó; matarte en lucha:
que si es tu grandeza mucha,
soy caballero y honrado,
y honra en lucha te iba á dar;
que quien del honor blasfema,
ni debe ceñir diadema,
ni por honrado pasar.
D. FERN. ¡Matadle!
ALVARO. Me importa poco
morir por matar á un rey,
que del crimen hace ley!
D. FERN. Te escucho y me vuelvo loco;
te miro y temo mirarte,
pues de horrible furia ciego,
al comprender que no llego
el corazon á arrancarte,
y por tu osadía rara
que la indignacion provoca.

azotarte en rabia loca
con el corazon la cara:
vete.

ALVARO. ¡Baldon para ti:
baldon eterno, asesino
de los Carvajales!

D. FERN. ¡Sino
tienes de morir por mí!

ALVARO. Cumplóse el plazo y tambien
ahora morirás:

D. FERN. ¡Llevadle;
que gima y luche; arrastradle
y que una muerte le den
horrorosa de tal suerte,
que haga estremecer la tierra:
que mis clarines de guerra
pregonen luego su muerte;
pronto, salid! *(Le lleva por el foro el Escudero.)*

ESCENA XV.

D. FERNANDO.

Yo no sé
porque contento no quedo;
¿ha sido fiereza ó miedo
lo que he tenido? ¿Por qué
me aturdo? Qué sensacion
en mi cuerpo se revela?
Parece que roja estela
dejando en el corazon,
van en tropel infinito,
como garfios opresores,
las dudas y los temores;
la conciencia y el delito!
Hay algo aquí que devora
mi pecho; que lo entristece:

que con sangre lo enrogece,
y es llanto que el alma llora
sin que suba hasta los ojos;
que ántes que me deje ciego,
lo cega aquí dentro el fuego
maldito de los sonrojos!
El corazon triste gime;
el pensamiento, que abrasa,
rompe la valla; traspasa
el círculo que le oprime,
y en tan locos desvaríos
matando mis esperanzas,
créo que en fantásticas danzas
van los pensamientos mios:
espectros que ante mí giran
y espanto y horror provocan:
que me hielan si me tocan!
que me ultrajan si me miran!
Sí, son ellos...! allí vienen...
los Carvajales... oh, no,
no os acerqueis! ¡Si yo
no maté! ¡No se detienen!
Huid. Romped estos lazos:
vuestra sonrisa me espanta...
¡Soltad! ¡Ahoga mi garganta
el dogal de vuestros brazos!
Fuese crímen ó castigo...
compasion, Dios justiciero!
Quiero vivir, pues no muero,
por mi congoja, contigo...
No, Sancho, no; que no muera
tampoco... tiene el perdon!...
Dios mio, por compasion,
dáme fuerza!... ¡Alvaro, espera
que corro á salvarte. ¡Ah! *(Se oye á lo léjos un toque de clarines, indicando la muerte de Alvaro.)*

¡Ya le mataron!... Qué frio
mas grande siento en el alma
y qué espantosa es la calma
que me rodea..... ¡Hijo mio...
ven! Apártame este peso
que me aplasta el corazon!
¡Oiga el alma tu oracion!
perfume mi frente el beso
de tus labios... y esas flores
que en la gloria se perfuman,
endulcen los que me abruman
espantosos torcedores.
Nadie acude... Todos niegan
á mi desgracia consuelos...
¿Pero qué es esto?... Son velos...
en sangre tintos, que ciegan,
y que envolviéndome van..
No puedo... ¡Me arde la frente!
¡Me ahogo! ¡Me falta el ambiente!
Sí, son ellos... aquí están...
los Carvajales ..! los dos...
fantasmas.... del pensamiento....
¡Se cumplió el aplazamiento....
¡Dios me llama... soy de Dios...!
(Muere.)
(Óyese al mismo tiempo ruido de voces y dominando este ruido, la de Sancho que en la misma puerta del foro intentará sujetar á doña Leonor.)

ESCENA ÚLTIMA.

LEONOR, SANCHO.

SANCHO. Deteneos!

LEONOR. *(Soltándose y yendo hasta el rey con el cabello y trage descompuesto.)*
¡Nó jamás;
he de verle.

SANCHO. *(Entra tambien y reconoce al rey.)*
Maldicion!.....
Muerto!

LEONOR. ¡Calla, corazon *(reconcentradamente.)*

SANCHO. ¿Estais satisfecha!

LEONOR. ¡Atrás!...
que si en doliente desvelo,
siempre con la ley en guerra,
venganza no hallé en la tierra...
me venga Dios desde el cielo!

FIN.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librería de los *Sres. Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Gerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *Sres. Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los corresponsales de la Administracion.

EXTRANJERO

FRANCIA: Librería Española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, Paris. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praga de D. Pedro. LISBOA: *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua de Bomjardin, Porto. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5 Milan.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo, ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito, no serán servidos.